

ción sin que María del Carmen cediera un punto en sus exigencias.

Romero tuvo una solemne entrevista con Pico, quien á su vez estaba pronto á servir su antiguo empleo, no sin haber sacado ventajas de la situación; pues no se contrató de nuevo sin haberse escriturado previamente con doble sueldo y recibiendo una anticipación.

Pico é Isolina formaban una familia, y desde el momento en que solos viajaban y se alojaban, nadie podía figurarse que allí no se trataba más que de protector y protegida.

Las delicadas atenciones que Pico había tenido con Isolina, no habían podido ser tales que no se hubieran encontrado en situaciones difíciles.

La primera noche hubieron de alojarse en el mismo cuarto, y este incidente puso más de manifiesto el mérito de Pico; pues Isolina tuvo ocasión de apreciar la caballerosidad de su protector.

---



## CAPÍTULO XI.

---

### EL PRIMER SUSTO DE PICO Y LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DRAMÁTICA.

**D**ON Pepe García acompañó á Romero y á los demás individuos de la compañía el día de su salida del pueblo; y ofreció cordialmente su amistad y servicios á los actores y que haría un viaje á San Luís para tener el gusto de volver á estrecharles la mano.

El escribiente también fué de la expedición, y cada vez más enamorado de María del Carmen, estaba al punto de decidirse á abandonarlo todo por seguir á aquella mu-



jer que tan profunda impresión le había causado.

Desde luego las buenas relaciones de don Pepe con Romero comenzaron á hacerse palpables; pues en el viaje á San Luís ya María del Carmen tuvo ocasión de abandonar su burro para instalarse más cómodamente en el quitrín de D. Pepe.

Mientras Romero luchaba con las graves dificultades de su compañía por la separación de Pico y se acercaba el día de la primera función, D. Pepe había tenido ocasión de notar la evasión de Isolina.

Don Pepe se puso furioso al encontrar vacía la habitación de su prisionera, precisamente cuando estaba más seguro de su triunfo, y decidido á no prolongar por más tiempo la serie de sus innumerables humillaciones.

Al principio no se dió cuenta de lo que había pasado; pero al reconocer la falsa cerradura de la ventana se puso á seguir la pista, y comprendió que era imposible la evasión de Isolina sin la intervención de

Pico, alojado en el cuarto que conocemos, y que era el único punto por donde podía haberse escapado la prisionera.

A estos datos agregó el de que Pico se había adelantado aquella mañana y que nadie lo había visto partir.

Don Pepe mandó ensillar su mejor caballo, y acompañado de dos criados se dirigió á San Luís, á donde llegó en momentos en que María del Carmen había consentido ya en el ingreso de Pico, por haberse convencido de que efectivamente era indispensable su cooperación.

Lo primero que hizo D. Pepe fué buscar á Romero, á quien después de saludar afectuosamente le preguntó con notable interés por Pico; pero no fué necesario que Romero le diera noticia de su apuntador, pues se presentaba en esos momentos, precisamente para encargarse de la concha, según se lo había mandado suplicar Romero.

Pico se demudó al ver á D. Pepe, y comprendiendo cuán comprometida era su situación procuró revestirse de energía y de calma.



—Tengo un asunto de importancia que tratar con usted, señor Pico, le dijo don Pepe.

—Estoy á las órdenes de usted, contestó Pico.

Don Pepe García y Pico se apartaron algunos pasos.

—Tal vez no necesite decir á usted de qué se trata, dijo don Pepe temblándole la voz.

—Probablemente, contestó Pico con serenidad.

—No será necesario advertir á usted que estoy resuelto á todo.

—No, señor, no es necesario; lo comprendo.

—Pues bien.....

—Señor don Pepe, dijo Pico cada vez con más aplomo, á mi vez tengo también el derecho de suponer que sabrá usted hacer justicia á la galantería y al honor de un caballero.

—Vamos á ver.....

—No seré yo quien me atreva á negar á

usted los derechos que tenga para interrogarme; pues aunque así fuera acabo de saber hace un momento y por una verdadera casualidad, que usted es la misma persona interesada en saber los pormenores de una aventura, que al principio juzgué sin trascendencia alguna. Figúrese usted, pues, señor don Pepe, que la víspera de nuestro viaje para esta ciudad creí haber tenido un sueño, lo cual no me sorprendía, porque yo soy sonámbulo; y esta rareza me ha puesto más de una vez en difíciles predicamentos.

Pues como iba diciendo: me creí bajo la impresión de un sueño extraño, porque á media noche oí una dulce voz que me llamaba. ¿Quién vive? pregunté, creyéndome sorprendido por el enemigo, porque yo he sido militar, señor don Pepe, de manera que no debe usted extrañar que le hubiera dado el quién vive á una señora, porque era una señora quien me despertaba.

Aunque con dificultad pude enterarme de ello; pues en mi sonambulismo bien pudo haber sido aquella visión la sombra de una



de mis novias; pero no había nada de eso, era una señorita á quien no tenía el honor de conocer.

—Caballero, me dijo por fin al verme despierto, ¿tiene usted la bondad de abrirme la puerta?

—¡La puerta! debe estar abierta supuesto que ha podido usted entrar.

—Sin embargo, ruego á usted que me abra.

—¿Quién es usted?

—Nadie, soy una sombra.

—¡Cáscaras! exclamé; esta sombra de carne y hueso me va á hacer perder el juicio.

—¡Por Dios! repitió la sombra con un acento tal de aflicción, que empecé á comprender que allí había algún negocio grave.

Luchaba yo con el sueño y me incorporaba; pero estaba visto que yo no dormiría en toda la noche si no me paraba á abrirle á aquella sombra.

Así lo hice por fin; abrí la puerta y la sombra salió diciendo: ¡gracias!

Al día siguiente me pregunté si había yo soñado, ó si estaba despierto, y confieso á usted que esta duda me ha atormentado hasta hace un instante, en que como ya he tenido el honor de decirlo á usted, acabo de enterarme de cierta historia.

Pico había dado á su relato tal acento de verdad, que don Pepe clavó la vista en tierra pensando en que su prisionera no debía haber salido de Santa María.

—Entonces..... dijo don Pepe, usted no sabe si esa señora.....

—No sé nada, excepto la breve interrupción de mi sueño; y vea usted lo que son las cosas, después me he arrepentido de haber abierto la puerta; algo hubiera yo dado por conocer á aquella sombra, cuya voz me parecía tan simpática, al grado que la reconocería si volviera á hablarme.

—¡Ah! exclamó don Pepe, esa mujer está en Santa María.

Esta fué una idea luminosa y conveniente para Pico, quien, aunque guardó silencio á este respecto, pensó que sería muy con-



veniente hacer creer, aún al mismo Romero, que Pico estaba solo.

—Casualmente, pensó, Romero está tan preocupado por mi separación y por la falta que le estoy haciendo, que no me ha preguntado por Isolina.

En seguida Pico se dirigió á don Pepe.

—¿Conque no fué mi sonambulismo, no fué un sueño el mío? ¿conque fué cierto? Usted lo corrobora; fué una mujer la que me despertó y esa mujer es.....

—¡Caballero! exclamó don Pepe, ruego á usted que guarde silencio acerca de todo lo ocurrido.

—Lo ofrezco solemnemente.

—Me vuelvo en el acto á Santa María. Adios.

Don Pepe desapareció sin haberse despedido de Romero, quien durante esta entrevista misteriosa, había estado pendiente del semblante de ambos, porque sabía cuán grave era el asunto de que se trataba.

Cuando don Pepe se hubo alejado, Romero no pudo menos de felicitar á Pico por

su serenidad, y aún se felicitó á sí mismo de verse libre de las preguntas de don Pepe.

Convinieron Pico y Romero en que Isolina no aparecería más, y que á María del Carmen se le haría creer lo que estaba creyendo don Pepe; quiere decir, que Isolina se había quedado en Santa María del Río.

Don Pepe no hizo objeción alguna, ni tuvo la menor dificultad en creer la relación de Pico, que efectivamente tenía todos los visos de la verosimilitud; y lejos de poner en duda alguna de las aseveraciones del apuntador, se concentró en sí mismo para buscarle apoyo y corroboración.

—Rota la ventana de mi prisionera, pensaba D. Pepe, se encontró ésta en el patio, vió abierta la ventana de Pico y entró con facilidad porque la ventana es muy baja; vió un hombre durmiendo, no conocía la habitación y á oscuras no pudo ver la puerta: despertó á Pico para que le abriera, éste lo hizo así medio dormido y mi presa salió: todo esto es muy fácil. Yo no oí ladrar



drar al perro, pero ya se ve, si esa noche no dormí en casa.

—¿A donde puede haber ido Guadalupe? según todas las probabilidades, nadie ha favorecido su evasión, excepto Pico, y eso de una manera que no le compromete; luego Guadalupe ha huído sola, y viéndose libre, ó se ha refugiado en alguna casa ó ha tomado el campo. Yo lo sabré todo.

D. Pepe llegó á Santa María á una hora inusitada, pero no por eso reservó sus pesquisas para más tarde; llegó á la casa del prefecto y mandó despertarlo.

—¿Qué novedad ocurre? dijo el prefecto alarmado.

—Un negocio de la mayor importancia.

--Diga usted, señor don Pepe.

—Tenemos en Santa María oculto en estos momentos, un pollo de cuenta, un revolucionario, un criminal á quien la justicia busca en estos momentos: el gobernador de San Luís acaba de recibir la noticia de que ese hombre se encuentra aquí, y he venido á todo correr, con objeto de ponerlo

en conocimiento de la autoridad y que se proceda á su aprehensión.

—Pero ¿quién es ese hombre?

—Traigo su filiación, aquí está.

Y D. Pepe sacó un papel doblado.

El prefecto iba á tomarlo y D. Pepe dijo:

—Pero no hay que perder un instante, traigo órdenes apremiantes.

—¿Pero usted conoce al reo?

—Creo conocerlo, porque es de los plagiarios que ví en San Luís.

—¡Ah! ¿pues si usted me ayudara, señor don Pepe.

—Yo estoy seguro de dar con él, tengo mis datos.

—Pues señor don Pepe.... dijo el prefecto en tono de súplica.

—Bien, ponga usted la orden por escrito y la policía á mi disposición, y puede usted acostarse, que si yo no lo encuentro no lo encontrará nadie.

El prefecto lo hizo así con gusto, y enseguida se recogió para reconciliar su interrumpido sueño.



D. Pepe autorizado competentemente, cateó muchas casas del pueblo, recorrió las orillas de la población, y á algunos vecinos que hacían el servicio de policía los envió en distintas direcciones, con orden de atrapar al reo imaginario con quien don Pepe ocultaba sus miras, ó por si acaso una mujer que pareciera sospechosa.

Entretanto, en San Luís, había llegado la noche de la primera representación y había circulado con profusión el prospecto de la temporada cómica.

Este prospecto era un modelo de literatura de contaduría, en cuyo género don Gervasio Miguel Romero no tenía rival.

El prospecto empezaba así:

## TEATRO ALARCÓN.

SUBLIME TEMPORADA CÓMICO-ARTÍSTICO  
DRAMÁTICA.

¡VENID! ¡VENID!



*Compañía del primer actor, director, formador, empresario y director de escena,  
Gervasio Miguel Romero  
del Campo.*

PROSPECTO.

«Al pisar las fértiles campiñas de San Luis Potosí, poética ciudad del entusiasmo artístico, late el corazón agradecido del que suscribe, á la sola idea del lauro que alcanzarán los esfuerzos notables que, catorce años de pisar las tablas, le hacen levantar la frente con orgullo artístico.

«Las ovaciones espléndidas que por donde quiera ha recogido la compañía que tengo el alto honor de dirigir dignamente y





con decencia, van á tener su secuela escénica en esta ilustrada población, en la que, las dignas familias de los súbditos de S. M. C., protegiendo el arte como es debido, se han apresurado á tomar las localidades del bonito teatro, donde se presentará por primera vez  la perla del teatro nacional 

!!!SEÑORA DOÑA MARÍA DEL CARMEN  
ZUBIRÍA DE ROMERO DEL CAMPO!!!

«Laureada en escenarios mil, por apreciables y cultos públicos inteligentes.

«Ofreciendo además, á costa de penosos sacrificios y por armonizar la visualidad del aparato escénico, complemento del arte, con la coreografía, la en el baile

 INIMITABLE PAREJA PINTADO. 

Aquí seguía el elenco de la compañía, que aparecía numerosísima, pues figuraban nombres de personas que probablemente existirían á distancia de muchas leguas.

En medio del trajín en que se encontraba don Gervasio mandando adornar la fachada



*D. Gervasio Miguel Romero del Campo.*



del teatro y contratando músicos para que tocaran en la calle antes de la función, recibía muchos recados y mandaba á todos, gritaba, entraba, salía y se multiplicaba prodigiosamente.

— Señor, no se encuentran flores!

— ¡Búscalas, animal! en las huertas, á cualquier precio, pero muchas; ya sabes, hacer veinticuatro bouquets, que yo te diré la hora de arrojarlos al foro.

— Aquí están las pruebas de los sonetos.

— ¡No grites tanto! ¿no sabes que eso es de telón adentro? Ya tengo prevenido que las cosas del foro no se me publiquen. Señor, no acaban de comprender ustedes el arte; ¡qué país, señor, qué país este! «¡Que aquí están los sonetos!» ¿no sabes, bruto, que esos sonetos son arrojadizos y deben ser una sorpresa para nosotros?

— No lo sabía, señor, dijo el cajista.

— Estos sonetos son de un amigo, él los costea en honra de mi señora y de mi mérito artístico; pero yo se los corrijo y van á



creer las gentes que yo me despacho con el cucharón.....

—Aquí están las palomas! gritó una criada.

—¡Bajito, bajito, por el amor de Dios! Hoy todos se han empeñado en gritar; todo eso se hace bajito.

—Llévale esas palomas á mi señora para que las adorne con cintas de colores.

Romero se puso á corregir las pruebas, que decían así:

*Al eminente artista nacional*

**D. Gervasio Miguel Romero del Campo**

SONETO.

Salud, rey de la escena sin segundo,  
¡Oh grande artista superior á Talma!  
De gozo y de terror llenas el alma,  
Va tu talento avasallando al mundo!.....  
&c.....&c.....

Por respeto al lector no lo copiamos íntegro.

El soneto estaba firmado con iniciales que el público no podría atribuir á ninguno de sus poetas conocidos.

El soneto dedicado á la dama empezaba de este modo:

«Perla del arte de sin par oriente, etc.

—¡Gervasio! gritó María desde su habitación.

—Madre! contestó Romero.

—¿Y los versos?

—Aquí están.

—¿Cuáles diste á la imprenta?

—Para tí, aquel soneto de «Perla del arte de sin par...»

—¡Ah! sí, ya sé.

—Y para mí: «Salud, rey de la escena.....»

—Bueno; ¿y aquí hay poetas?

—Creo que sí.

—¿Cómo va la entrada?

—Casa llena.

María apareció en la puerta al oír aquella frase mágica.